

OVIDIO EN EL BIMILENARIO DE SU DESTIERRO A TOMI JUNTO AL MAR NEGRO.
AÑO 8 AL 2008

ALFONSO ORTEGA CARMONA¹

Resumen: El autor, mezclando erudición filológica y comprensión humana, evoca los momentos vividos por Ovidio con ocasión de su destierro. Compara también los sufrimientos del sulmonense con los de algunos personajes literarios y asimismo con los sufrimientos de los fugitivos y emigrantes del mundo moderno

Riassunto: L'autore, attraverso l'erudizione filologica e la comprensione umana, evoca i momenti vissuti da Ovidio in occasione del suo esilio. Inoltre paragona le sofferenze del Sulmonese con quelle di alcuni personaggi letterari e anche con le sofferenze dei fuggitivi ed emigranti del mondo moderno.

Palabras Clave: Ovidio, Augusto, destierro, poesía ovidiana.

Parole chiave: Ovidio, Augusto, esilio, poesia ovidiana.

Fecha de recepción: 20 – 4 – 2009.

Bien entrado ya el otoño del año octavo de la era cristiana, el rayo del destierro, lanzado por el emperador Augusto, hirió sin remedio al poeta Ovidio. Hace exactamente dos mil años. Antes de que terminara aquel año fatídico, el condenado tenía que haber abandonado Roma, aunque la navegación oficial se había cerrado ya a primeros de noviembre. Acompañado de un soldado vigilante, subió a una nave en el puerto de Brindisi del mar Adriático hasta llegar al golfo de Corinto, subir por el trozo de tierra montañosa, ya que el paso al mar de Mármara no existía entonces, cruzar la pequeña montaña y, al otro lado continuar por tierra hasta Samotracia. Quizá se hallaba tan extenuado, con su vigilante, en aquella ruta del mar invernal y los inevitables mareos, como pocos años más tarde se lamentará también Séneca, naufrago por una tempestad, teniendo que nadar hasta alcanzar tierra y evitar así la perniciosa náusea (*Cartas a Lucilio*, 53, 2).

Desde uno de sus últimos lugares por tierra, quizá ya en Tracia, envía

¹**Dirección para correspondencia :** Alfonso Ortega Carmona, Ribera de Curtidores 6, 2º B, 28005 Madrid. E-mail: a_ortecar@hotmail.com.

Ovidio a Roma sus primeras poesías de destierro: el Libro Primero de los *Tristia*. Con este libro vuelve a nacer en Occidente a sus primeros orígenes griegos la Canción del Llanto, el género elegíaco (*Tristia* 5, 1, 5 *flebile carmen*). Con Ovidio regresa la Elegía a su cuna primera. Y, por esta razón, en el camino evoca el poeta la tristísima noche de su salida de Roma:

*Cum subit illius tristíssima noctis imago,
qua mihi supremum tempus in urbe fui,
cum repeto noctem qua tot mihi cara reliqui,
labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*

[Cuando me asalta la imagen de aquella tristísima noche, en la que fue mi postrer día en la urbe de allá, cuando evoco la noche, que dejé tantas cosas queridas, de mis ojos ahora también salta una lágrima al fin].
Tristia, I, 3, 1 ss.

Así expresó, para tiempo inolvidable, Ovidio la nostalgia de Roma, como ningún poeta hizo antes; un fenómeno humano, al cual el año 1788 se vio forzado Goethe, al dejar la ciudad de Weimar, recordándolo con la traducción de los versos de Ovidio

La noche aquella del invierno romano dejaba ya espacio a las primeras luces de la mañana, última de la vida de Ovidio en Roma, El poeta está aturrido y ni siquiera piensa en lo imprescindible para el largo camino. En tomo suyo lamentos y llanto, como si de su funeral se tratara. Su esposa quiere ser compañera de destierro, mas él la disuade. Su lugar está en Roma. Ella debe conservar casa y hacienda y dedicarse a procurar regreso al hogar compartido. “¿Caminaba yo? No. Me llevaban semejante a un cadáver”, escribió antes Cicerón a su hermano Quinto Cicerón, cuando hubo de abandonar Roma camino del destierro a Tesalónica (*Ad Quint. Frat.* I, 3, 1). Lo mismo que había sentido siglos ante el poeta Alceo.

La mayor parte de los temas de la poesía ovidiana del destierro están ya aquí sugeridos : la nostalgia de Roma, la inmensa tristeza por la pérdida de los seres queridos, la esperanza del retomo, el apremio por una propia justificación, porque todo fue *error*, no *scelus*, -error, que no delito-la necesidad (*utilitas*), la búsqueda de influencias para el regreso y amnistía. Y a todo ello se incorporan dos importantísimos temas: la Poesía de Ovidio como *exul poeta* y el lugar de su destierro, una tierra en el confín del mundo romano y civilizado.

En medio de una tempestad, nada extraña un día de diciembre en el Mar Adriático, Ovidio teme por su propia vida. Se siente como Odiseo-Ulises que, perseguido por la ira de un dios, tendría que correr el riesgo de un naufragio. Pero el héroe griego tenía la protección de una diosa, Atenea, mientras el poeta latino a ninguna divinidad tiene a su lado. En medio de la furia del oleaje Ovidio toma el

punzón y la tablilla de escribir. Y empieza a escribir versos, -que parece ser destino inolvidable, como él mismo recuerda-*et quod temptabam dicere versus erat-*, y percibe sensiblemente cómo también él se encuentra bajo la tutela de poderes celestes. Las Musas están a su lado. Le acompañan al exilio en el mar tempestuoso. Y mientras en el recuerdo mítico se siente asistido por las divinidades, intenta añadir objetividad a su destino y colocarse a la distancia obligada, de suerte que se convierte en *materia* misma para la poesía:

*Atque haec, exemplis quondam collecta priorum,
nunc mihi sunt propriis cognita vera malis*

[y todo esto, en otro tiempo recogido en ejemplos pasados, son para mí la verdad conocida en mi propio mal] *Tristia*, I, 5, 31-32.

La realidad está tan inundada de fantasía, que el mismo Ovidio se convierte en historia digna de ser contada. Su existencia ha cambiado tan radicalmente que “hasta el rostro de mi desgracia puede pasar al marco de los míticos cambios”-*inter mutata referrit/ fortunae vultum corpora posse meae* (*Tristia*, I, 1, 119-120). El poeta se torna metamorfosis y merece ser narrada. Más aún: suministra argumento a su epopeya de las transformaciones: *sumque argumenti conditor ipse mei* (*Tristia*, V, 1, 10). Un héroe nuevo añadido a sus *Metamorfosis*. Para ello encuentra material abundante en la pequeña Tomi, lugar de su destierro a la orilla occidental del Mar Negro, la última playa del Imperio Romano, asiento de salvajes y temidos pueblos, bárbaros y nómadas, con inviernos helados y ásperos, un lugar en tierras del Norte en el cual los mitos de la ferocidad se han trocado en realidad temible, desde la cual, entre lamentos y todo dolor se percibe, en los Poemas desde Tomi, una fascinación jamás presente antes en la Poesía Latina. Ovidio, que plasma en su poesía, como antes ningún poeta latino, las más fantásticas representaciones de la última orilla del mundo y del invierno escita, más aún que Virgilio en su *Geórgica* (III, 349 ss.), las vive allí en propio cuerpo. Y en lugar de acudir al arsenal de metáforas poéticas, sólo le basta mirar a su terrible entorno.

Naturalmente respira atmósfera poética cuanto aquí escribe, pero existiría el riesgo de arrebatar a esta poesía su especial encanto, a esta tensión entre realidad e inventiva poética, si se intentara valorar, como mero paréntesis, su verdad y carácter realista y se pretendiera ver todo ello como mera invención lírica. Ciertamente se ha querido en tiempos pasados mermar su valor poético a toda la realidad aquí descrita, y sólo utilizarla como una fuente histórica para una información etnográfica. Pero estos signos de soledad y dureza descritos no son un tópico literario, cuando se pueden ver similares circunstancias narradas por prisioneros alemanes y españoles de la División Azul (que Estalin dijo iba a convertir en verde), las heladas estepas de Rusia en la última Gran Guerra

mundial. Por esta razón podemos percibir en los lamentos de Ovidio la angustia existencial de experiencias ruinosas del espíritu, en las más puras muestras literarias. Conocemos las fórmulas poéticas: *Est vetus urbs* –“hay una antigua ciudad...”de sabor virgiliano..., éste es el tono sobre ciudades de tiempos legendarios como se dice de aquella Cartago de la Reina Dido en la *Eneida* (I, 12).

Así comienza Ovidio en la descripción de Tomi, ciudad de su destierro, pero asentada en las costas estigias, del infierno, un lugar donde se abrazan el mito y la realidad, un escenario tristísimo, pero poético duramente cambiante, para el poeta de las *Metamorfosis*:

“Como se me ordenó, a la orilla desierta del Mar Hospitalario llegué, a este país cercano al gélido polo” (*Trist.* V, 2, 63 s.).

Estamos en el llamado Ponto Euxino, en la orilla occidental del Mar Negro, como lo llamaron con eufemismo los colonizadores griegos, no por el color de sus aguas, sino por las nieblas oscuras que lo cubren en los largos inviernos. Atrás quedaron las aguas del Mediterráneo y se entra en el clima continental con sus largos inviernos y veranos breves, fríos y azotados por vendavales lanzados en tropel desde la estepa rusa. Con sus más de cincuenta días de suelos rígidos por sus tenaces hielos. En la costa del noroeste estaba la ciudad de Tomi, fundada por griegos en el siglo séptimo a.d.Cr., por colonistas arribados desde Mileto. Su población natural pertenecía a los llamados Getas llegados de Tracia y por Sármatas, mezclados con colonistas helenos. La ciudad tenía entonces la usual administración de los clientes de Roma, y una pequeña guarnición de la legión romana, que protegía su existencia contra las ardas del norte. Ovidio, igual que la mítica llegada de Odisea, percibió el terror del mar y del país, y se hizo consciente de su situación sin salida posible, para decirse a sí mismo: *perfer et obdura*, “aguanta y endurece”:

Ahora, acabada la ruta, superado el dolor del viaje, al entrar a esta tierra, que en castigo me puso, sólo puedo llorar (*Trist.* III, 2, 17 ss.).

Ovidio enferma. No tolera el agua salobre, le faltan los acueductos romanos, su cielo, el clima, la región, todo en contra de su ánimo herido. La fiebre lo agota, no hay médico cerca, no hay alimento exigido ni techo para un paciente sufriendo. "Si muero -escribe a su esposa -, procure ella que al menos su propia ceniza pueda regresar a Roma, y ponga a su tumba estos versos”:

Quien yace en este lugar, el cantor de los tiernos amores, perecí por mi propio talento, el poeta Nasón; si delante de mí caminares, que acaso lo amaste, suave -digas-en la tumba descanse (*Trist.* III, 3, 73ss.).

(Estos versos hemos visto escritos en el Monumento a Ovidio, erigido en la actual Constanza, en el año de mi promoción al Doctorado en Filología Clásica).

Tenerorum lusor amorum! [Cantor de los tiernos amores] quiere ser llamado Ovidio, y así se le inmortalizó en el monumento, y no como autor de la más larga epopeya de la Literatura latina, de las *Metamorfosis*, que él estimó como obra a la que faltó la última mano, conocidas ya en Roma, antes de su publicación, en lecturas públicas entre amigos y admiradores, si bien ruega disculpa el poeta por haberlas dejado sin la corrección definitiva, y ya es inútil la súplica de que se destruya el manuscrito por la multiplicidad de copias existentes (*Trist.* I, 7, 35-40). La misma súplica de Virgilio, ya en la agonía, rogando se destruya la Eneida, dejada sin su revisión anhelada (M.Giebel, Vergil, p.119 ss.).

Ovidio se proclamó a sí mismo "poeta del amor", de los amores.. Porque en esta visión humana de la existencia había logrado ya imperecedero renombre. En alusión al sepulcro de Propertio (*Tristia*, I, 7, 21 ss.) Ovidio quiere que en la Historia de la Literatura se le recuerde con ese título de poeta del amor, como un juego divertido -lusor amorum -como muestra en su autobiografía del libro IV , 10 de los *Tristia*:

*Ille ego qui fueram tenerorum lusor amorum,
quem legis, ut noris, accipe, posteritas.*

[Aquél que yo fuera cantor de los tiernos amores,
a quien lees, para saber, escucha, tiempo futuro.]

Pero no siempre se sintió Ovidio tanpreciado y seguro de sí mismo. Ahora vive el destino del desterrado en todas sus escalas, como hoy conocemos en la era de los fugitivos y emigrantes en el mundo moderno. Así experimenta Ovidio todas las fases de las depresiones y desesperanzas, de la implacable resignación y, lo que es peor para el poeta desterrado, los síntomas del incipiente mutismo, de la ausencia de comunicación oral. Como los tristes emigrantes de hoy, la imaginación del poeta recorre las calles de su tierra natal, aviva en su recuerdo el nombre de todos los lugares y plazas de su pueblo y de Roma, para mantenerlas vivientes en su espíritu. Cuando sabe del desfile triunfal de Tiberio al Capitolio por sus grandes victorias en Germania, se representa a sí mismo como un espectador más, y permite dejar pasar, ante los ojos de su imaginación, el brillante cortejo. Seguramente recuerda también en tales momentos un tono y atmósfera similar, como él había descrito en su *Arte de Amar*. Y como ocurre en tales ocasiones, el eterno contraste entre el ayer y el ahora le atormenta, al mundano habitante de la gran ciudad y celebrador de la vida exquisita, de la existencia culta, de lo que él llamó *cultus*; de quien vivió una cómoda vida, evitó molestias y ahora se le habían robado todas las debidas alegrías. También éstas

están y estaban desterradas -pero nadie, como él, en una región tan desolada e inhóspita, apartado de toda cultura y comunicación, sin amigos, sin libros. El tormento del aislamiento, y nadie conoce en Roma cuán terrible es todo ello. A partir de esta imaginable reflexión comienza Ovidio, con sus poderosos recursos literarios, una inteligente campaña para -si no es posible lograr la amnistía -, al menos conseguir un exilio menos espantoso. Con ello inicia Ovidio algo antes absolutamente desconocido en Roma: una forma de "publicidad" en causa y defensa propia, dirigida no sólo a destinatarios particulares, como es su amigo Cota, sino claramente al público general de Roma. Roma entera, el mismo Augusto debe conocer cómo vive allí el poeta, como una metamorfosis de sí mismo, doliente como Níobe, convertida en estatua de piedra por Apolo y Diana, en castigo por su exhibicionismo materno (*Met.* VI, 146-312).

Todo un año dura el azaroso viaje, hasta llegar a su destino y recibir una respuesta de Roma en el lugar del destierro. Aquí está el lugar donde él encuentra a sus míticos personajes descritos en las *Metamorfosis* (libroVII, 9ss.):a Medea, a quien fabulosamente se atribuye el nombre del lugar, Tomi, derivado del verbo griego *témnein*, "cortar, descuartizar", pues eso hizo ella asesinando -se cuenta -a su propio hermano, y dejando trozos del cuerpo descuartizado para detener la persecución de los soldados de su padre, al huir acompañada de Jasón y llevándose robado el Vello de Oro. Con su héroe Leandro hasta conversa imaginariamente Ovidio frente a las aguas ingentes e invernales del Ponto:

Apenas puedo creerlo, pero yo he visto yerto este mar por causa del hielo, y el hielo resbaladizo presionaba las inmóviles aguas. Pero no basta haber visto: el mar endurecido pisamos, y sobre la espalda del agua estuvo mi pie, sin mojarse. Si este mar hubiese estado, Leandro, así en otro tiempo, no hubiera sido tu muerte crimen de las agua heladas. (*Trist.* III, 10. 35-42).

Pero no sólo a Medea y Leandro, también al mismo Ovidio han de ver los amigos entre los terrores y monstruos del Ponto invernal. La gente parece aquí extraña aventurera. Como protección contra el frío y el gélido viento llevan chaqueta de piel y pantalones de cuero, gorros puntiagudos o capuchones. Y a estos habitantes, que en Roma se les llama "bárbaros" -es decir, que no hablan latín, sino un lenguaje que suena a un confuso *barbar-bar*-incomprensible, el geta, su lenguafranca-, propia de las vastas llanuras de los Balcanes y de las estepas del Danubio, el geta mezclado de palabras griegas-, todos ellos son en buena parte nómadas, que sólo llegan a Tomi los días de mercado. Su apariencia facha salvaje, con el puñal colgado a la cintura, infunde desazón y alerta. Ovidio, que no entiende el lenguaje de la gente, vive en desazón constante, sospechando de todo y como rodeado de enemigos, la típica actitud del exiliado

herido en su intimidad consciente. El aislamiento es tal que es Ovidio quien aquí parece haber perdido su consciencia de persona nacida en la mayor cultura: *Barbarus hic ego sum, quia non intelligor ullo*, pudo haber dicho como haciendo chanza y humor de sí mismo.

Con el transcurrir del tiempo se suaviza la tensión de esta vivencia. Ovidio aprende perfectamente le lengua gética y hasta logra poetizar en este idioma. La situación extrema aquí sufrida en Tomi se convierte pronto en una comunidad de destino existencial entre el romano desterrado y los nativos. Durante el invierno irrumpen en la ciudad salteadores a caballo. Roban, disparan dardos envenenados y se llevan bienes y dinero de la población agrícola. Quien cae en manos de ellos es raptado, atado de manos y con un lazo al cuello. Tomi al fin recibe una guarnición mayor de legionarios acostumbrados a la dura militancia y valientes, servicio que Ovidio tenía aprendido (*Trist.* IV, 1, 73ss.; *Pont.* 11, 5, 17 s.)

Acaso los lectores de Ovidio pudieron sonreír un tanto ante esta dramática situación escrita, conociendo el gran arte del más genial de todos los poetas latinos. ¿Qué pudo pensar Augusto, si llegó a conocer esta literatura circulante? ¿Sintió acaso algún deseo compasivo, o por el contrario se indignaría más aún de que tanto se hablase de esta situación extrema, en la que la *Pax Augusta* sufría detrimento alguno, por unas bandas de ladrones armados?

Al principio de su destierro había dirigido Ovidio al emperador Augusto una larga carta de 578 versos -el actual Libro II de los *Tristia*. Siguiendo el modelo de Horacio (Epist II,1) había considerado al Emperador como amigo y conecedor de la Literatura, como en realidad era, con el intento de su justificación poética. Igual que Horacio, él habla a Augusto como a una divinidad presente -*praesens deus*-, como visible y actual representante de los dioses y de su Gobierno Universal. Lo mismo que había hecho al final de las *Metamorfosis*, Ovidio estiliza aquí al *Princeps*, al primero entre los ciudadanos, único título con el que Augusto quería oírse apelado. El culto oficial a Augusto propagado por las provincias del Imperio (en Istria, como es sabido, se descubrieron las ruinas de uno de esos templos)-le afirmaron en esta autoconsciencia. Como un Júpiter, al principio lleno de cólera, pero después generoso y perdonador (*Met.* 1,253 ss.), puede Augusto dispensar gracia y perdón sin verse obligado a confesar error alguno.

Con esta larga Carta, digna defensa, entre otras cosas, de la Libertad Literaria, hoy diríamos de Prensa, como muestra Ovidio, en su famoso ensayo de una Historia de tal libertad en Roma, el propio y llamado error de Ovidio puede presentarse bajo una luz nueva. Y se trata de la vez primera en la que nace un gran documento de este género en la Literatura occidental. Admitamos, como dice Ovidio, que la poesía le ha conducido a su desgracia, admitamos un error, que no debe sentenciarse como crimen. La condena rigurosa, limitadora de la creación

literaria, fulmina a Ovidio como representante y orador y abogado defensor de un tiempo nuevo, que no sólo ha traído lujo y costumbres más libres, sino una conducta más liberal de cada individuo. Desde este punto de vista el mismo Augusto ha sido singular ejemplo de aventuras amorosas hasta arrebatar a su mujer Livia de su anterior esposo Claudio Tiberio Nerón. Como expresó Velejo Patérculo en su *Historia Universal*, y especial historiador de Tiberio: " lo que los romanos deseaban, eso les valía como permitido". De este privilegio hizo uso y lo hizo sentir Julia a su padre Augusto, ella que pertenecía a este tiempo nuevo, que lo era también no sólo para la nieta Julia, con su madre por ejemplo, sino asimismo para los nietos adoptados por el mismo Augusto, Gayo y Lucio destinados a ser sucesores suyos, y cuya conducta también censuró Augusto (cf. Casio Dión, *Hist.* 55,9, 1-4), por no hablar de los problemas causados en este sentido por Agripa Póstumo .

Ovidio había expresamente defendido en su poesía la libertad individual de las personas sobre la propia vida. Ciertamente entendía Augusto de Literatura y del tiempo para comprender la situación nueva. Pero tampoco, piensa Ovidio, tiene sentido disputar sobre ello. Los puntos de vista son irreconciliables. Pero es patente que sólo por este enfrentamiento ante la historia presente, por haber irritado a un "dios", padece Ovidio este castigo. Lo confiesa, y ya solamente no quiere expiar ese delito político en los confines del mundo romano, y no el resto de su vida.

Pasa año tras año. Las abundantes canas aparecen en la cabeza del poeta; no recibe mensaje alguno, le atormenta la desesperación acerca de si su esposa y los comunes amigos se interesan por su defensa. Tal como él se contempla ahora en la figura de Odiseo, urge a su mujer a que asuma la tarea de la imperturbable y fiel Penélope, que conserva para el esposo el honor y la casa. Se dirige a ella sin mencionar el nombre. Acaso no lo admite el ritmo del hexámetro o pentámetro. Sabemos que ella tenía una hija de anterior matrimonio, que pertenecía al círculo de amigas de Marcia, una prima de Augusto, que a su vez era esposa de Fabio Máximo y éste amigo de Ovidio. Marcia, por otra parte, era amiga de Livia, la mujer de Augusto. Ovidio esperaba en esta política de la amistad. En la Biblioteca del Convento de Wiblingen, cerca de Ulm en el sur de Alemania, puede verse todavía un cuadro, un Fresco de Franz Martin Kuen (1744), en el cual la mujer de Ovidio cae con manos suplicantes a los pies de Augusto, mirándolo, ansiosa, mientras éste vuelve la cabeza a otro lado, a la derecha, y alarga su mano izquierda, en ademán de rechazo, sin mirar siquiera a la mujer de Ovidio. Quizá no era esa súplica del agrado de Livia, porque desgraciadamente no era Ovidio simpatizante partidario de su hijo Tiberio.

Las cartas generales de Ovidio, al principio sin nombres de amigos, y más tarde, en las Epístolas desde el Ponto, y. ya más personales y concretos, a no ser

que los rechace la métrica, como ocurre como broma con su amigo Tuticanus, (*Pónticas*, IV, 14,1 ss.). Quizá las repetidas súplicas a los amigos parecen ya excesivamente monótonas. Ovidio lo había expresado antes, una antigua y perenne verdad desconsoladora:

*Donec eris sospes multos numerabis amicos,
tempora si fuerint nubila solus eris. (Trist.I, 9, 5-6)*

Pero a pesar de esta insistente monotonía, propia de prisioneros, jamás se extingue la fuerza de esta poesía. Para un poeta del exilio, como es Ovidio, no puede haber un proceso de aclimatación, a causa de las húmedas lagunas entonces allí existentes, y de los abrasadores veranos, por más que no hayan faltado días de satisfacción humana y pronto se ganara las simpatía de aquellos ciudadanos de Tomi, aprendiendo perfectamente su idioma.

Quien no le abandono jamás fue su Musa. Ella sigue siendo *dux et comes*, guía y compañera. Ella le conduce desde el final del Danubio para ocupar un puesto en el Helicón, en el monte de ellas. La poesía es en él un poder indestructible. Como ha interpretado magníficamente M. von Albrecht (1977, p. 221s.), la Carta de Ovidio a la joven poetisa Perilla, probablemente su hija adoptiva, ella no debe, siguiendo su ejemplo, amedrentarse por las desgracias del destino. Habitando el santuario de las Musas resistirá los días aciagos. Todo es pasajero y caduco. Sólo los bienes del espíritu son imperecederos. Con este espíritu comenzó su nueva epopeya, no conocida de anterior poeta alguno. Un Calendario de las Fiestas Romanas, los *Fasti*. Aun acaso a pesar de Augusto, en su honor compuso Ovidio un Elogio en lengua geta, y hasta inició lo que antes nadie hizo en Roma: La *Haliéutica*, un poema sobre la pesca, y energía suficiente para descargar su ira contra un enemigo suyo en Roma: *Ibis*, el pájaro de la suciedad, que interpretó, como sólo él sabía hacerlo, uno de mis maestros en Alemania, el profesor judío huido de la persecución nazi, Hermann Frankel.

En el invierno del año 17 al 18 de la era cristiana, poco antes de cumplir los sesenta años (había nacido el 20 de marzo del año 43 a. d. Cr.) se cerraron para siempre sus ojos. Y la ciudad de Tomi, -Constanza,-haciendo honor a este nombre, constante en su recuerdo-, jamás lo echó en olvido. La Sociedad Científica de esta ciudad guarda fiel su recuerdo, y celebra Congresos, en los que sólo se puede hablar y presentar ponencias escritas en latín. El número de los congresitas no es por ello excesivo, pero todos ellos dignos de Ovidio.

Según tradicional leyenda fue sepultado a las puertas de la antigua ciudad de Tomi. Una estatua del poeta glorifica hoy su memoria. Fue esculpida por Ettore Ferrari de Sulmona el año 1887, a cuyo escultor debemos también el Monumento a Ovidio en su ciudad natal, en Sulmona, doble testimonio de la suma veneración de las dos ciudades al insigne poeta.

Con especial veneración continúan latinistas rumanos en su actual ciudad

de Constanza el estudio e investigación sobre su obra, como pudimos personalmente comprobar el Profesor Büchner y yo, -que en aquel año 1958 terminaba mi Tesis Doctoral sobre Ovidio en la Universidad de Friburgo de Brisgovia. La actualidad del poeta se afirma en los Congresos Internacionales de Constanza, en los que es obligatorio el uso escrito y hablado de la lengua latina. Todavía los turistas en aquella ciudad reciben preciosa documentación sobre la obra y vida del poeta, del más famoso de los habitantes habidos en ella. Sirva de recuerdo suyo ahora concluir con unos versos del Libro Primero de sus Elegías desde el Ponto Euxino, del hospitalario rincón de sus últimos días:

[Sea mi Roma aquel lugar, que el destino me dio.
En este escenario mi Musa infeliz se mueve contenta.
Así merecí, así lo quisieron los dioses.]

*Quem fortuna dedit, Roma sit ille locus.
Hoc mea contenta est infelix Musa teatro:
Sic merui, magni sic voluere dei! (Pont. I, 5, 68-70).*

BIBLIOGRAFÍA

- M. von Albrecht, 1977. *Römische Poesie*, Heidelberg.
- M.Giebel, 1987. *Vergil, mit Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbek